

FILOSOFÍA DEL SER

ALGUNAS CONSIDERACIONES EN TORNO AL INMATERIALISMO DE GEORGE BERKELEY

Mgs. Nikola Krestonosich Celis*

ABSTRACT:

This work is an approach to Berkeley's developments about immaterialism. It is based upon the matters considered interesting by a young person; i.e, the principles that have traditionally been used by philosophers as a starting point to knowledge-related problems. Berkeley believes that such principles embody the paradoxes and contradictions that have dominated philosophical matters.

KEY WORDS:

George Berkeley, Immaterialism, British Empiricism, Early Modern Philosophy

Pienso que Berkeley sostiene, en torno a la materia, la misma postura que sostiene en torno a los universales. —

J.L. Austin

Todo lector de la obra de Berkeley debe aceptar, cándidamente, que el inmaterialismo es una doctrina difícil de comprender, que la luz que arroja sobre él una primera lectura no lo hace ver muy razonable. Sin embargo, aceptar estos hechos no debe llevarlo a suponer que es una doctrina difícil de comprender porque se opone al sentido común o, mejor dicho, a una especie de teoría primigenia acerca del mundo que toda persona, fuera de las aulas de la

* Nikola Krestonosich Celis (Valencia, 1978) es licenciado en filosofía por la Universidad Central de Venezuela y máster en filosofía por la Universidad Simón Bolívar y la Universidad Católica de Lovaina. Ha impartido clases en las áreas de filosofía del lenguaje, historia de la filosofía moderna, filosofía política y filosofía de la historia en la Universidad Central de Venezuela, en la Universidad Simón Bolívar, en el Seminario Arquidiocesano Santa Rosa de Lima y en la Universidad Católica Andrés Bello. Algunos de sus trabajos han aparecido publicados en *Episteme*, *Apuntes filosóficos*, *ITER Humanitas*, *Veintiuno* y en el diario *Tal Cual*. Además, ha publicado dos poemarios (*Ejercicios*, 2003 y *La espera es un deporte sangriento*, 2014), una monografía sobre la obra de Jorge Luis Borges (*Aspectos filosóficos en la obra de Jorge Luis Borges*, 2004) y un libro de ensayos (*En un campo de fronteras difusas: ensayos y fragmentos*, 2015). Actualmente se encuentra realizando su doctorado en filosofía en la Universidad Católica de Lovaina. Correo-e: nikolakrestonosich@gmail.com

filosofía y desde tiempos inmemoriales, reconoce como verdadera. Es cierto que ésta ha sido la explicación que ha esgrimido, o por lo menos que ha dado a entender, una gran cantidad de intérpretes, pero siempre debe tenerse presente que ésta no constituye ni la única ni la mejor explicación que puede elaborarse al respecto, que para explicar este asunto pueden señalarse causas mucho más concretas y, por lo tanto, más valiosas desde el punto de vista exegético.¹

Al igual que sus críticas a las ideas abstractas, el inmaterialismo de Berkeley es esencialmente un conjunto de opiniones que surge de la mano de la lectura que realiza de las obras de ciertos autores, especialmente de Descartes, Locke y Malebranche, y de las críticas que esgrime a algunas doctrinas que aparecen en tales obras. La dificultad de comprensión o el aspecto paradójico que le presenta a todo lector es, en buena medida, una consecuencia natural de la dificultad para determinar cuáles son esas doctrinas que considera erradas y que espera poder rebatir.

Es cierto, a lo largo de los *Comentarios*, de los *Principios* y de los *Diálogos*, Berkeley desarrolla un arsenal de fórmulas y frases para explicar cuáles son esas doctrinas con las que está en desacuerdo y, paralelamente, elucidar su propia postura. Pero no es menos cierto que esas frases y fórmulas son muy confusas. En unos casos, señala que su intención es refutar aquellas doctrinas que suponen que las cosas sensibles ‘existen sin una mente que las perciba.’² En otros, que busca refutar a aquellos que postulan su existencia

En este ensayo utilizo las siguientes abreviaturas para referirme a las obras de Berkeley: *A* por *Alciphron or the minute philosopher*; *D* por *Three Dialogues between Hylas and Philonous*; *De* por *A Defence of Free-Thinking in Mathematics*; y *P* por *A Treatise concerning the Principles of Human Knowledge*.

A Treatise concerning the Principles of Human Knowledge se divide en dos grandes secciones, la “Introduction”, que está conformada por veinticinco párrafos, y la “Part I”, que está conformada por ciento cincuenta y seis párrafos. Cualquier referencia a esta obra que esté precedida por la abreviatura ‘in.’ se refiere a los fragmentos que conforman la “Introduction”, y aquellas que estén precedidas por la abreviatura ‘I.’, se refieren a las secciones que conforman la “Part I”.

Three Dialogues between Hylas and Philonous no se encuentra dividida en secciones, las referencias a esta obra, por lo tanto, sólo incluyen el número del diálogo y la página donde aparece el fragmento referido en la edición que Luce y Jessop hicieron de las obras completas de Berkeley. Por ejemplo, *D I* 185 debe leerse, diálogo primero, página 185 de la edición de Luce y Jessop.

Alciphron, or the Minute Philosopher está conformado por siete diálogos bastante extensos, pero que están divididos en secciones más pequeñas, las referencias a esa obra indican, por lo tanto, el número del diálogo y la sección. Por ejemplo, *A VII.11*, debe leerse como Alciphron diálogo siete, sección once.

A Defence of Free-Thinking in Mathematics se divide en pequeños párrafos o secciones, por lo que cualquier referencia que haga de esta obra, señalará el título abreviado de la obra y el número de la sección que me interesa destacar.

Por último, también debería aclarar que todas las traducciones de las obras de Berkeley que aparecen en este ensayo, son mías.

¹ Quizás lo realmente conveniente sería que un lector aceptara que la obra de Berkeley no es ni más ni menos difícil de comprender que la de Leibniz, Malebranche, Kant o cualquier otro filósofo moderno.

² *P I* 6.

absoluta, real o natural.³ Incluso llega a decir, en ciertas ocasiones, que sus reflexiones y su doctrina se fundamentan en “el descubrimiento de la naturaleza, significado e implicaciones de la existencia.”⁴ En fin, frases que si se interpretan de acuerdo a su valor nominal, esto es, de acuerdo con aquellas nociones que generalmente acompañan términos como “mente”, “percepción” o “existencia”, llevan a conclusiones tan paradójicas que cuesta trabajo pensar que describen adecuadamente las opiniones acerca del mundo a las que un autor ha llegado luego de mucha reflexión. No resulta fácil creer que alguien sostiene que el mundo no es real o que su realidad depende de la mente de los individuos.⁵

Pero tan copiosos como los fragmentos donde aparecen estas frases, son aquéllos donde Berkeley rechaza explícitamente este tipo de interpretaciones que, partiendo de usos que tradicionalmente se ha hecho de los términos filosóficos, lo hacen ver como un autor con un gusto por las paradojas.⁶ Y es que a pesar de su declaración de “pensar con los sabios y hablar como los hombres ordinarios”,⁷ desde muy temprano da muestras de tener conciencia de ser un hablante excéntrico y, por lo tanto, difícil de comprender. En el prefacio a los *Principios*, por ejemplo, les advierte a sus lectores que no tomen sus palabras de manera aislada y les pide que se tomen un tiempo para comprender su doctrina antes de proceder a juzgarla:

Lo que aquí publico me ha parecido, luego de una larga y detallada investigación, evidentemente verdadero y no del todo inútil de saber—particularmente por aquéllos corrompidos por el escepticismo, o que desean una demostración de la existencia e inmaterialidad de Dios, o de la naturaleza inmortal del alma. Si resulta así o no, es algo que me contento con que el lector examine imparcialmente, pues no me preocupa el éxito de lo que he escrito, sino en la

³ P I 4.

⁴ C 491.

⁵ Incluso Borges, que tanto provecho y placer logra sacarle al juego de confundir la vigilia con los sueños, reconoce la patencia y la realidad del mundo: “Nuestro destino (a diferencia del infierno de Swedenborg y del infierno de la mitología tibetana) no es espantoso por irreal; es espantoso porque es irreversible y de hierro... El mundo, desgraciadamente, es real; yo, desgraciadamente, soy Borges.” (“Nueva Refutación del Tiempo” en Jorge Luis Borges, *Obras completas* (Buenos Aires: Emecé, 1981. 12^{va} edición), 771)

⁶ “N.B. Yo apuesto más por la realidad de las cosas que cualquier otro Filósofo, ellos fabrican miles de dudas y no conocen con certeza nada sino que podemos ser engañados. Yo afirmo exactamente lo Contrario” (C 517a); “No disputo en contra de la existencia de ninguna cosa que podamos aprehender, por medio de los sentidos o a través de la reflexión. Que las cosas que veo con mis ojos y toco con mis manos existen, existen realmente, es algo sobre lo que no dudo en absoluto... *Si alguna persona piensa que lo que se ha dicho rebaja la existencia de las cosas, esa persona estaría muy lejos de entender lo que he dicho anteriormente en los términos más sencillos que se me ocurrieron...*” (P I 35–36. El resaltado es mío)

⁷ Cf. P I 51. La frase realmente no es creación de Berkeley, sino que es una cita de Agostino Nifo, filósofo italiano que vivió entre 1473 y 1538.

medida en que se ajuste a la verdad. Pero para que al final esto no se vea entorpecido, le pido al lector que suspenda su juicio, al menos, hasta que haya leído todo con aquel grado de atención y reflexión que el tema le parezca merecer. Pues así como hay ciertos pasajes que, tomados por sí mismos, se prestan (cosa que no podría remediarse) a toscas mal interpretaciones y a ser imputados con las consecuencias más absurdas, las cuales, sin embargo, una lectura completa haría evidente que no se siguen de ellos: del mismo modo, aunque se lea todo, pero si esto se hace de forma pasajera, es muy probable que el sentido de lo que digo sea malinterpretado; pero creo que puedo jactarme de que para un lector reflexivo este sentido será claro y evidente.

Esta advertencia vuelve a aparecer, casi en los mismos términos, en el prefacio a los *Diálogos*⁸ y se ve refrendada en la naturalidad con la que recibe tanto los reportes que su amigo Percival le hace de los comentarios donde lo describen como un loco o un excéntrico,⁹ como las observaciones de Samuel Johnson en las que le señala ciertas dificultades que los lectores pueden encontrar al acercarse a sus obras.¹⁰ De hecho, Berkeley siempre pensó que la dificultad que sus primeros lectores encontraron al momento de enfrentarse a su filosofía fue una consecuencia directa de no haberle prestado atención a sus advertencias. A sus ojos, la gran mayoría de ellos juzgó y evaluó sus doctrinas de acuerdo con opiniones que él no reconocía como suyas y, sobre todo, que no

⁸ “Sólo me resta decir que deseo que el lector se abstenga de juzgar estos Diálogos, hasta que los haya leído en su totalidad. De otra forma, podría dejarlos de lado, al confundir su propósito o debido a dificultades y objeciones que encontrará respondidas en el que le sigue. Para poder comprender su propósito, sus argumentos, las soluciones que propone a las dificultades y la conexión y disposición de sus partes, un tratado de esta naturaleza requeriría ser leído, aunque sea una vez, de forma coherente. Si luego se piensa que merece una segunda lectura; me imagino que ésta haría evidente todo el esquema.”

⁹ “Estoy sumamente agradecido contigo por la representación favorable que hiciste de mí y por la reseña que me has hecho de los juicios que se han formulado sobre mí; y no estoy para nada sorprendido al encontrar que el título de mi libro haya sido recibido con burla y desprecio por aquellos que no examinaron su contenido, y que les falta la prudencia básica de probar antes de condenar.” (En C.J. McCracken y I.C. Tipton, eds., *Berkeley's Principles & Dialogues: Background Source Materials* (Cambridge: Cambridge University Press, 2000), 161)

¹⁰ “De hecho, no me sorprende que en una primera lectura de lo que he escrito, los hombres no queden completamente convencidos. Por el contrario, me sorprendería mucho si esos prejuicios que llevan muchos años echando raíces, fueran extirpados con unas pocas horas de lectura. Yo no tenía ganas de fastidiar al mundo con grandes tomos. Lo que hice fue más bien con el propósito de dar sugerencias para los hombres pensantes que gozan de ocio y curiosidad como para llegar al fondo de las cosas y perseguirlas en sus mentes. Creo que dos o tres lecturas de estos pequeños tratados, al mismo tiempo que se hace de lo leído ocasión para el propio pensamiento, haría todo familiar y fácil para la mente, y quitaría esa apariencia impactante que tantas veces se observa acompañando a las verdades especulativas.” (En George Berkeley, *Philosophical Works including the Works on Vision*, editados por Michael R. Ayers (Londres: Everyman, 1996), 424–425)

consideraba que pudieran inferirse a partir de aquéllas que puso por escrito.¹¹ Incluso, algunos fragmentos lo muestran suponiendo que este desencuentro con sus lectores es inevitable y que brota de los propios objetivos que se propuso alcanzar con sus obras.

A pesar de que cierta tradición historiográfica ha logrado cimentar entre el público general la imagen de Berkeley como un habilidoso metafísico,¹² un contacto prolongado con su obra, especialmente con la de su juventud, revela un autor mucho más interesado en encontrarle solución a los problemas filosóficos relacionados con el conocimiento y, en tal sentido, claramente identificado con las preocupaciones intelectuales de los filósofos de la temprana modernidad.¹³ Para afianzarse en esta imagen, no debería pasarse por alto el hecho de que su primera obra filosófica lleve por título *Tratado acerca de los principios del conocimiento humano* y no, por ejemplo, *Principios de metafísica*, *Discurso de metafísica* o *Meditaciones metafísicas*. Este título sintetiza los que fueron los objetivos filosóficos de su juventud, mostrar cuáles han sido esos principios desde los cuales los filósofos tradicionalmente se han acercado a los problemas relacionados con el conocimiento, y en vista de que considera que han sido precisamente estos principios los grandes responsables de las paradojas y contradicciones que han venido a dominar las discusiones filosóficas, establecer otros desde los cuales puedan plantearse adecuadamente esos problemas:

Mi propósito es, por lo tanto, ver si me es posible descubrir cuáles son esos principios que han dado pie a todas esas dudas e incertidumbres, a esas paradojas y contradicciones en las muchas escuelas y sectas de la filosofía; hasta tal

¹¹ “Pero sobre todas las cosas debe cuidarte de caer en ese sofisma común que lleva por nombre *ignoratio elenchi*. En muchas ocasiones te expresaste como si pensaras que sostenía la inexistencia de las cosas sensibles: mientras que en verdad nadie puede estar más seguro de su existencia que yo: y que eres tú el que duda; aunque debería haber dicho, que la niegas fehacientemente. Cualquier cosa que sea vista, tocada, oída o de alguna manera percibida o los sentidos es, de acuerdo con los principios que promuevo, un ser real, pero esto éste no es el caso de acuerdo con los tuyos.” (D III 260)

¹² Cf. Immanuel Kant, *Crítica de la razón pura*, “Refutación del idealismo” y *Prolegómenos a toda metafísica futura que haya de poder presentarse como ciencia*, § 374; Henri Bergson, “La intuición filosófica” en *El pensamiento y lo moviente*; Frederick Copleston, *Historia de la filosofía*, t. 5, cap. XI–XIII; Manuel García Morente, *Lecciones preliminares de filosofía*, lección XII.

¹³ Las lecturas que tienden a ver a Berkeley como un habilidoso metafísico son lecturas fundamentalmente erradas, en la carta del 27 de noviembre de 1710 le escribe a su amigo Percival: “Respecto a lo que me dices de que me comparan con el Padre Malebranche y el Sr. Norris, cuyos escritos son considerados como hilados de una forma demasiado fina para ser de gran utilidad para la humanidad, sólo tengo esto por decir: que pienso que las nociones que sostengo no coinciden para nada ni están de acuerdo con las de ellos, sino que de hecho son inconsistentes con ellas en los puntos principales, tanto así que conozco pocos escritores de los que, en el fondo, me considero más distante. *Esas metafísicas que están hiladas demasiado fino son aquello contra lo cual, en todas las ocasiones, me pronuncio y si alguien me mostrara algo de esa naturaleza en mi Tratado yo de buena gana lo corregiría.*” (En McCracken y Tipton, *Berkeley's Principles & Dialogues*, 165. El resaltado es mío)

punto, que los hombres más sabios han pensado que nuestra ignorancia es incurable al considerar que brota de la opacidad y de las limitaciones naturales de nuestras facultades. Ciertamente, realizar una investigación rigurosa acerca de los principios del conocimiento humano, tamizándolos y examinándolos desde todos los ángulos, es una labor que bien amerita nuestros esfuerzos: especialmente si existen motivos para sospechar que esos obstáculos y esas dificultades, que detienen y perturban al espíritu en su búsqueda de la verdad, no brotan ni de una oscuridad o dificultad en los objetos ni tampoco de un defecto natural del entendimiento, sino de falsos principios sobre los que se ha insistido mucho y que han podido ser evitados. (P in. 4)

El obstáculo que Berkeley encuentra al momento de plantearse estos objetivos, y del cual está consciente desde el primer momento en que comienza a desarrollar sus opiniones,¹⁴ es que estos principios que considera necesario denunciar se encuentran tan firmemente establecidos en la mente, no sólo de los filósofos, sino también de aquéllos que no siendo filósofos están al tanto de las discusiones y acontecimientos que ocurren en esta comarca del saber, que son considerados como equivalentes al sentido común, esto es, que se tiende a suponer que son universalmente aceptados y que para reconocerlos como verdaderos no hace falta contar con una formación filosófica. Esta situación coloca a las frases que Berkeley formula para develar la falsedad de estos principios, o lo que viene a ser lo mismo, para explicar la tesis central de su inmaterialismo, en el peor de los escenarios. Puesto que, en la medida que el significado que acompaña a los términos con los que tiene que formularlas

¹⁴ “En esto las Matemáticas tienen una ventaja sobre la Metafísica y la Moral. Al ser sus definiciones de palabras desconocidas por el Aprendiz, ellas no resultan Discutidas, pero el hecho de que la mayoría de las palabras en la Metafísica y en la Moral sean conocidas hace posible que sus definiciones sean rebatidas./ El método sucinto y aburrido de las Matemáticas no es adecuado para la Metafísica y la Ética, pues los hombres no tienen prejuicios acerca de las proposiciones Matemáticas, al no haber pensado sobre estos asuntos no hay ninguna opinión previa que tenga que ser enfrentada, éste no es el caso de las otras 2 [sic] ciencias, un hombre no sólo debe demostrar, sino que debe vindicarla contra los escrúpulos y las opiniones establecidas que la contradicen. En pocas palabras, el método seco, compacto y rígido no será suficiente, un hombre debe ser más amplio y copioso, de otra manera por más exacta que sea su demostración no será bien acogida por la mayoría” (C 162–163); “Soy joven, soy advenedizo, soy contendiente, soy vanidoso, muy bien, procuraré aguantar pacientemente las más degradantes y viles denominaciones que el orgullo y la rabia de los hombres pueda concebir. Pero sé que de una cosa no soy culpable. Yo no deposito mi fe sobre los logros de un gran hombre, yo no actúo motivado por prejuicios u opiniones adquiridas, yo no me adhiero a ninguna opinión por el simple hecho de que sea vieja, recibida, que esté de moda o que sea una que hay pasado mucho tiempo estudiando o cultivando.” (C 465)

supone la veracidad de los principios que busca denunciar como errados,¹⁵ lo más probable es que sus lectores las juzguen crípticas y difíciles de comprender. Y en la medida en que se oponen a opiniones que la mayoría juzga universalmente aceptadas, es probable que sus lectores se sientan tentados a rechazarlas antes de leerlas bajo el pretexto de que van contra el sentido común.

Sin embargo, si se le presta la debida atención a las advertencias de Berkeley, las frases con las que explica su inmaterialismo se hacen cada vez menos confusas, al mismo tiempo que se hace patente que su propósito fundamental es convencer a sus lectores de que, los principios que tradicionalmente han guiado las reflexiones acerca del conocimiento del mundo sensible, son la causa fundamental de gran parte de los desatinos y defectos que constantemente se le achacan a la filosofía. De acuerdo con Berkeley, los filósofos emprenden las reflexiones acerca del conocimiento, suponiendo:

- 1.) que la mente es capaz de formar ideas abstractas,
- 2.) que la percepción o el conocimiento sensible constituye una prueba irrefutable de la existencia de la materia.

En buena medida su filosofía, por lo menos la que desarrolla en sus obras de juventud, es una extensa meditación sobre estas dos suposiciones. Creer que la primera constituye un error filosófico fundamental es la base de sus críticas a la *doctrina de la abstracción*. Mientras que considerar como una operación inválida inferir la existencia de la materia a partir de la percepción sensible, constituye el fundamento de su inmaterialismo.

A diferencia de lo que suele creerse, Berkeley no llega a la conclusión de que éstos son falsos principios porque dude de los hechos por los cuales los filósofos han creído necesario formularlos. Esto es, no los denuncia como errados porque sea un excéntrico que inexplicablemente piensa que para el hombre resulta imposible el uso de términos generales, la formulación de juicios universales acerca de las cosas o el conocimiento del mundo que se le revela a través de la sensibilidad. Sus críticas a la *doctrina de las ideas abstractas* no buscan negar la existencia de las ideas generales, sino ciertas consecuencias que históricamente se han deducido de esa generalidad.¹⁶ Del mismo modo, su

¹⁵ En tal sentido, hay que interpretar la advertencia que, al final del tercer diálogo, Philonous le hace a Hylas en contra de las argumentaciones circulares: “También deberías cuidarte de no argumentar cometiendo una *petitio principii*. Uno tiende a decir, las sustancias desconocidas deben ser consideradas como las cosas reales en vez de las ideas en nuestras mentes: ¿y quién puede decir sino que a lo mejor estas sustancias externas no pensantes pueden coincidir como una causa o un instrumento en la producción de nuestras ideas? ¿Pero es que acaso esto no es proceder suponiendo que hay tales sustancias externas? ¿Y suponer esto acaso no es argumentar circularmente?” (*D III 260*)

¹⁶ En el párrafo doce de la introducción a los *Principios*, Berkeley dice explícitamente: “quiero hacer notar que no niego en absoluto la existencia de las ideas generales: lo que no puedo admitir es que existan *ideas*

inmaterialismo no tiene por objetivo llevar al lector a dudar de la realidad del mundo sensible, sino advertirle de ciertas consecuencias que acompañan a los principios que sustentan las reflexiones de los filósofos acerca de ese mundo. Básicamente, es una crítica a todas aquellas posturas que suponen que la experiencia sensible está constituida no por el conocimiento de objetos, sino de copias, imágenes o representaciones de objetos:

HYLAS. ...¿Puede haber algo más evidente que el hecho de que pretendes transformar todas las cosas en ideas?... Esto es tan evidente que no puede negarse.

PHILONOUS. Te equivocas al juzgarme de esa manera. No pretendo cambiar las cosas en ideas, sino más bien las ideas en cosas. Pues esos objetos inmediatos de la percepción, que de acuerdo a tu criterio, son sólo las apariencias de las cosas, yo los considero como las cosas reales mismas.

HYLAS. ¡Las cosas! Puedes pretender lo que quieras, pero lo cierto es que sólo nos dejas las formas vacías de las cosas, sólo el aspecto exterior que afecta a los sentidos.

PHILONOUS. Eso que tú denominas formas vacías y aspecto exterior de las cosas a mí me parece las cosas mismas. Y no se muestran como vacías o incompletas, salvo bajo tu suposición de que la materia es un componente esencial de todas las cosas corpóreas. Ambos, por lo tanto, estamos de acuerdo en que sólo podemos percibir formas sensibles, pero luego de este acuerdo diferimos, pues tú las consideras formas vacías, mientras que yo las considero como seres reales. En suma tú no confías en los sentidos, yo sí. (D III 244–245)

Según Berkeley, del hecho de que el mundo sensible es independiente de los pensamientos y de la voluntad de los hombres, los filósofos han llegado a suponer que su existencia es independiente de su posibilidad de ser percibido.¹⁷

generales abstractas”, y luego en el párrafo quince, “bien es sabido, y lo reconozco de buen grado, que todo conocimiento y toda demostración se apoya en nociones universales.” Señalamientos similares pueden encontrarse en *D I 173, A VII.11 y De 45–48.*

¹⁷ En palabras de Moore: “Por lo tanto, sostengo que no hay razones suficientes para suponer que la existencia de algunos hechos físicos depende de algún hecho mental... No hay buenas razones, pongo por caso, para suponer que haya un hecho mental cualquiera del que dependa el hecho de que esa chimenea esté ahora más cerca de mi cuerpo que aquella librería...” (“Defensa del sentido común” en G.E. Moore, *Defensa del sentido común y otros ensayos* (Barcelona: Orbis, 1983), 67)

En vista de que Moore llega a esta formulación de su doctrina filosófica discutiendo los postulados de la filosofía de Berkeley, no está de más citar el siguiente párrafo: “Al sostener semejante cosa, difiero totalmente de algunos filósofos. Difiero, por ejemplo, de Berkeley, que sostuvo que esa chimenea, esa

Esta suposición constituye la base de la teoría del conocimiento sensible que ha venido a dominar la historia de la filosofía y según la cual las ideas, las percepciones que una persona efectivamente tiene, son sólo copias, imágenes o representaciones de las cosas que pueblan el mundo sensible.¹⁸

En el transcurso de los *Principios* y de los *Diálogos*, Berkeley elabora una serie de argumentos para mostrar que esta forma de plantear los problemas relacionados con el conocimiento sensible es incorrecta, y para advertir que la noción de materia que suponen, sin importar si se le entiende como arquetipo externo que causa las ideas, como sustrato de las cualidades primarias o como sustrato incognoscible de las percepciones, es una noción que depende de una interpretación incorrecta de los fenómenos de la sensibilidad. Sin embargo, impregnando cada uno de estos argumentos se encuentra otro de alcance mucho más general, y que bien puede ser considerado el argumento fundamental sobre el cual descansa su inmaterialismo. A todo lo largo de esta obra afirma, o da a entender, que cualquier sistema de opiniones que postule una entidad que, por un lado, no sea perceptible o por lo menos que no lo sea de una manera directa y, por otro, sea considerada la causa de aquello que efectivamente se percibe, tarde o temprano, lleva a dudar de la posibilidad de conocer el mundo. Un filósofo que acepte que sólo se tiene acceso a imágenes, copias o representaciones de objetos que permanecen ocultos es, para Berkeley, un escéptico *de facto*, uno que acepta que el mundo es incognoscible.¹⁹

librería y mi cuerpo son todos ellos o bien «ideas», o bien, «complejos de ideas», y que ninguna idea puede existir sin ser percibida. Es decir, sostuvo que este hecho físico depende lógicamente de un hecho mental... a saber, un hecho consistente en que hay al menos otro hecho relativo a un individuo y al momento presente, en el sentido de que ese individuo percibe ahora algo... Lo que dice es que el hecho físico no hubiera podido existir como tal a menos que hubiese habido efectivamente *algún* hecho mental de este tipo. Me parece que muchos filósofos que tal vez hubiese estado en desacuerdo, sea con la suposición de Berkeley de que mi cuerpo es una «idea» o está «constituido por ideas», o con la suposición de que las «ideas» no pueden existir sin ser percibidas, o con ambas, habrían no obstante coincidido él en pensar que este hecho físico depende lógicamente de *algún* «hecho mental». Podría decir, por ejemplo, que no sería un hecho a menos que hubiese habido temporal o atemporalmente *alguna* «experiencia». Incluso muchos otros han sostenido, a mi entender, que *todo* hecho depende lógicamente de otro hecho. Naturalmente, creían poseer buenas razones en favor de sus opiniones, como también lo creía Berkeley.” (Idem.)

¹⁸ J.L. Austin resume esta teoría de la siguiente manera: “La doctrina general, expuesta de una manera general, es algo así como: nunca vemos o de alguna manera percibimos (o ‘sentimos’), o en todo caso nunca percibimos o sentimos *directamente* los objetos materiales (o las cosas materiales), sino solamente datos sensibles (o nuestras propias ideas, impresiones, *sensa*, percepciones sensibles, perceptos, etc.)” (*Sense and Sensibilia* (Oxford: Oxford University Press, 1964), 2)

¹⁹ “Berkeley negó lo material para poder afirmar lo sensible. Al renunciar a la materia se mantiene aferrado a las cosas y al mundo sensible. Su frase *en la mente* fue el grito de guerra, no del monismo, ni del mentalismo, ni del subjetivismo, ni del solipsismo, sino de la conciencia directa. Él sostuvo una teoría de la percepción de dos términos, y se enfrentó a aquellos pensadores, particularmente Locke, que sostienen una de tres términos y colocan a la realidad fuera de la mente. El conocimiento no resulta tal cosa, argumenta Berkeley, si lo real se encuentra fuera de la mente y sólo se deja una pálida copia dentro.

Son este tipo de consideraciones las que poco a poco llevan a comprender su principio del *esse es percipi*. Esta frase, así como tantas otras que conforman el vocabulario fundamental con el que explica su inmaterialismo, le sirve a Berkeley para expresar su convicción de que una cosa sensible no es un objeto que causa la imagen que aparece en la mente de una persona, sino más bien la combinación de cualidades sensibles que esa persona efectivamente percibe:

HYLAS. ...Pero después de todo, Philonous, cuando considero lo sustancial de tu aporte en contra del escepticismo, encuentro que se reduce simplemente a esto: estamos seguros de que realmente vemos, oímos y sentimos, en pocas palabras, de que somos afectados por impresiones sensibles.

PHILONOUS. ¿Y acaso nos importa algo más? Veo esta cereza, la toco, la saboreo. Y estoy seguro de que la nada no puede verse, tocarse, o saborearse; es por tanto real. Suprime las sensaciones de suavidad, de humedad, del color rojo, de la acidez y suprimes la cereza, pues ella no es una realidad distinta de las sensaciones. Una cereza no es más que un conjunto de impresiones sensibles o ideas percibidas por diversos sentidos, que la mente une constituyendo una cosa, o a las que les otorga un solo nombre, al observar que van acompañadas unas de otras. Así, cuando el paladar es afectado por un determinado sabor, la vista por el color rojo, el tacto por la redondez, la suavidad, etc., es decir, cuando veo, siento y saboreo de una determinada manera, estoy seguro de que la cereza existe o es real, pues en mi opinión su realidad no es algo distinto de esas sensaciones. Pero si por la palabra 'cereza' entiendes una naturaleza desconocida, distinta de todas sus cualidades sensibles y por su existencia algo distinto de su ser percibida, entonces reconozco que ciertamente ni tú, ni yo, ni nadie puede estar realmente seguro de que existe. (D III 249)

Con este principio Berkeley quiere dar a entender, además, que, si bien la realidad de las cosas sensibles no depende de la percepción de una persona en particular, no es menos cierto que su realidad implica, necesariamente, la

Insiste, de manera bastante razonable, que la realidad sensible está en la mente, y que no tiene ni una existencia absoluta ni una doble existencia. La existencia en la mente equivale a eliminar ese tercer término del conocimiento, la remoción de la catarata de la visión mental, y el asegurarse de que vemos lo que vemos y no un *tertium quid*." (A.A. Luce, "Berkeley's existence in the mind" en C.B. Martin y D.M. Armstrong, eds., *Locke and Berkeley: A Collection of Critical Essays* (Londres: Macmillan, 1968), 289)

posibilidad de ser percibida en algún momento por alguien.²⁰ Generalmente se piensa que las cosas sensibles simplemente existen y que la posibilidad de que sean percibidas es un asunto accidental o, por lo menos, de poca relevancia. Para Berkeley, sin embargo, afirmar que una cosa sensible existe viene a ser lo mismo que decir que puede ser percibida y, en tal sentido, nos recuerda que los juicios que formulamos acerca de su existencia dependen completamente de la percepción que tenemos de ellas.

El público general las más de las veces piensa que el inmaterialismo no es más que una teología enmascarada, lo consideran como la extraña estrategia, por no decir errada e insensata, que un obispo se planteó para rebatir aquellas nociones que considera peligrosas para la sobrevivencia de sus creencias religiosas y de sus dogmas teológicos. Pero lo cierto es que los textos de Berkeley no aportan mayores pruebas para suponer que niega la materia, principalmente, porque considere que pone en peligro la religión. En sus textos, se muestra como un autor para el que el verdadero peligro es caer en el escepticismo, a sus ojos la materia es perniciosa porque insensiblemente nos lleva a dudar del mundo que vemos y tocamos. Decimos que nuestra casa existe porque hemos visto el color de sus paredes y la disposición de sus muebles, o que nuestros libros son reales porque hemos visto el título sobre la portada o porque hemos leído los sonetos que están en sus páginas. Berkeley niega la materia porque considera que le quita realidad a la casa que habitamos y a los sonetos que leemos.

* * *

Berkeley comienza los *Principios* señalando la discrepancia que hay entre las expectativas que la filosofía crea entre el público general y lo que las discusiones filosóficas efectivamente son. Si la filosofía es la búsqueda de la verdad y el cultivo de la sabiduría, entonces, sugiere Berkeley haciendo eco de las expectativas del hombre común, debería haber alcanzado un cuerpo doctrinal compartido por todos los filósofos o, por lo menos, una manera de llevar adelante las discusiones que los lleve a ponerse de acuerdo. Pero el panorama, afirma, es muy distinto, lo único que se vislumbra son discusiones que llevan a posturas paradójicas o a un estado de mayor incertidumbre.²¹

No resulta extraño que Berkeley comience su primera obra filosófica haciendo estos señalamientos, ya en los *Comentarios* se sorprende de que “mientras más tiempo y esfuerzo los hombres han invertido en el estudio de la Filosofía, en esa misma medida se ven a sí mismos como criaturas ignorantes y débiles, descubren fallas e imperfecciones en sus Facultades que Otros Hombres

²⁰ P I 6, P I 45–48, P I 90; D III 230–231, D III 248.

²¹ P in. 1.

no logran divisar.”²² Además, observaciones similares pueden encontrarse en las obras de una buena cantidad de filósofos modernos.²³ Sin embargo, cuando se hace un diagnóstico de una situación histórica, o en este caso, del estado en el que se encuentra una disciplina particular, lo más relevante no es la descripción general que se realiza, sino el marco conceptual con el que se interpreta la situación y que le brinda fundamento al diagnóstico. Cuando se evalúan desde esta perspectiva, los señalamientos de Berkeley difieren de los que pueden encontrarse en las obras de otros autores de la época, puesto que tiende a juzgar los frutos y procedimientos de la filosofía desde la postura del hombre común. Desde muy temprano, Berkeley se muestra como un autor para quien resulta importante coincidir con el hombre común, que cuestiona el gusto de los filósofos por la sofisticación y que se define a sí mismo como un simple irlandés o como un hombre de mero sentido común.²⁴

A sus ojos, el sentido común no debe ser entendido como el conjunto de opiniones que le resultan naturales a la gente de una comunidad, de aquellas que tienden a reconocer como verdaderas, sino más bien como las certezas que sustentan ese conjunto de opiniones. No importa cuál sea la época o la cultura que se considere, el pensamiento del hombre común está sustentado sobre la certeza de que el mundo que muestran los sentidos es real y que puede ser conocido. De acuerdo con Berkeley, la filosofía ha caído en el estado de confusión en el que se encuentra, gracias a que se ha apartado de estas certezas.

²² C 747.

²³ Cf. Descartes en la primera y en la segunda parte de su *Discurso del método*; David Hume en la introducción a su *Tratado de la naturaleza humana*; Immanuel Kant en los prólogos a la primera y a la segunda edición de su *Crítica de la razón pura*.

²⁴ “Yo no admiraría a los Matemáticos. [*Lo que ellos logran hacer*] es lo que cualquiera que tenga sentido común podría alcanzar repitiendo ciertos actos. Lo sé por experiencia, yo sólo soy uno de sentido común” (C 368); “Hay hombres que dicen que existen extensiones insensibles, hay otros que dicen que la Pared no es blanca, que el fuego no es caliente y Nosotros los Irlandeses no tenemos acceso a estas verdades. Los Matemáticos piensan que existen líneas insensibles, y acerca de éstas ellos arengan, éstas las cortan en puntos y en todos los ángulos, éstas son divisibles *ad infinitum*. Nosotros los Irlandeses no podemos concebir tales líneas. Los Matemáticos hablan de lo que llaman un punto, y dicen que no es propiamente nada pero que tampoco es propiamente algo, ahora nosotros los Irlandeses tenderemos a pensar que algo y nada son vecinos del mismo barrio” (C 392–394); “Todas las cosas que en las Escrituras están del lado del Vulgo en contra de los Eruditos, están de mi lado también. En todas las cosas estoy del lado de la Muchedumbre” (C 405); “Estoy completamente de acuerdo contigo respecto a la mala tendencia que representan las dudas artificiales de los filósofos y las imaginaciones fantásticas de otros hombres. Últimamente me he adentrado tanto en esta forma de pensar que, incluso, he abandonado muchas nociones sublimes que aprendí en sus escuelas y las he cambiado por opiniones vulgares” (D I 172); “Te lo aseguro, Hylas, no pretendo formular ningún tipo de hipótesis. Soy de una casta vulgar, lo suficientemente sencillo como para confiar en mis sentidos y dejar las cosas tal como las encuentro” (D III 229); “Me gustaría que ambas de nuestras opiniones fueran expuestas claramente y sometidas al juicio de hombres de puro sentido común sin los prejuicios de una educación erudita. Déjame ser representado como alguien que confía en sus sentidos, que cree conocer las cosas que ve y siente y que no tiene ninguna duda respecto a su existencia.” (D III 237)

Esto es, porque los filósofos han considerado que ellas son opiniones iguales a cualquier otra y que, por lo tanto, pueden ser afirmadas, negadas o puestas en duda dependiendo de las razones que las sustenten.

Sus señalamientos buscan recordarle a los filósofos que estos pensamientos que resultan tan fundamentales para el hombre común no son opiniones en el sentido tradicional del término, que no se necesitan pruebas para reconocerlos como verdaderos y que tampoco se encuentran hechos que lleven a dudar de su verdad. Pensar, e incluso, estar en el mundo supone que se les considera verdaderos. Son precisamente estas razones las que lo llevan a afirmar que separarse del sentido común es un error tan grave y son ellas también las que llevan a comprender por qué considera que la única manera de hacer progresar a la filosofía es retomando estas certezas. Al poner en duda la verdad de estos pensamientos se está renunciando a uno de los parámetros con los que el hombre cuenta para evaluar la verdad de las opiniones que encuentra a su paso.

Cuando se considera la bibliografía que se ha escrito en torno a la obra de Berkeley, es una gran insensatez no aceptar que, por razones pedagógicas o académicas, resulta fructífero reflexionar en torno a las críticas a las ideas abstractas y el inmaterialismo sin hacer explícitas sus conexiones con esta visión general sobre el estado de la filosofía, y con las consideraciones de Berkeley en torno a las relaciones de las doctrinas filosóficas con el sentido común. Sin embargo, no puedo dejar de pensar que si se toman como emprendimientos filosóficos completamente independientes, se deja de lado un elemento fundamental para comprenderlos adecuadamente.

Cuando Berkeley critica la noción de idea abstracta lo hace, ciertamente, porque la considera contradictoria o inconsistente, y también, porque piensa que ha surgido de la mano de una consideración inapropiada de los hechos que constituyen el problema del conocimiento. Pero no debe olvidarse que todas las discusiones sobre estos asuntos cumplen también un motivo ulterior, que Berkeley también niega las ideas abstractas porque sirven de fundamento al escepticismo. Lo mismo ocurre con la materia, busca refutarla porque considera que hay muchas inconsistencias en sus fundamentos, porque la idea de un arquetipo externo, por ejemplo, es problemática y no soporta un análisis detallado, o porque la noción de sustrato es inconsistente. Todo esto es cierto, pero al final estos argumentos están en función de uno de naturaleza más general acerca de la patencia del mundo sensible. Berkeley niega la materia en cualquiera de sus acepciones porque considera que hace dudar de la realidad del mundo. Por lo tanto, en la medida que estos argumentos generales que engloban las críticas a las ideas abstractas y el inmaterialismo coinciden con sus

intenciones de defender el sentido común, hay buenas razones para suponer que una comprensión adecuada de estos emprendimientos pasa por vincularlos con su preocupación por las relaciones entre las doctrinas filosóficas y el pensamiento del hombre común. Berkeley considera la crítica a las ideas abstractas y el inmaterialismo como proyectos necesarios y viables porque ha comprendido que el sentido común es una virtud.